

VIII

M. Pié-Rondal no dió á estas palabras más importancia de la que merecían. Lo que más le afectó, fué el mal éxito de los trabajos de Minaut. ¡Qué desgracia no haber podido descifrar por completo el maldito pergamino! Cuatro meses, á su vuelta de Morelles, se lo había enseñado á dos amigos suyos, y por más que echó los tres «con gran refuerzo de lentes,» como dice Rabelais, no habían podido reconstituir el texto.

También entonces, cuando salió Clavé, sacó del cajón de la mesa el manuscrito y le examinó de nuevo; pero no tardó en reconocer su impotencia.

—Y, sin embargo, decía para sí, hay aquí una indicación. ¿Cómo es que Minaut, que ha

debido explorar su palomar, no ha encontrado nada? ¿Deberá suponerse que el dinero escondido habrá sido hallado y cogido por un extraño ó por un criado?

Aferróse á esta suposición, y pensó que sería una obra de caridad sacar á Minaut de su ingrata tarea; pero consideró al propio tiempo que estas manías resisten á los mejores razonamientos y son incurables. Arrojó el pergamino al fondo del cajón, resuelto á no volver á ocuparse de tal asunto.

A mediados de Junio recibió la visita de M. Prevotin, arqueólogo como él, pero algo más entendido. M. Prevotin habitaba en París; estaba en relaciones con algunos miembros del Instituto, sección de inscripciones, era individuo de multitud de sociedades científicas y había escrito diferentes obras. En resumen, M. Pié-Rondal reconocía su superioridad de tal manera, que rara vez le llamaba «mi querido amigo,» sino casi siempre «mi querido maestro,» con una mezcla de familiaridad y de respeto.

Cuando hacía alguna excursión científica por provincias, á no ser que el rodeo fuese muy grande, no dejaba nunca M. Prevotin de ver á su colega, que siempre tenía que darle cuenta de alguna novedad. Esta vez sostuvieron empe-

ñada discusión relativamente á una docena de monedas de cobre llenas de cardenillo, que, según M. Pié-Rondal, se remontaban á la época de Carlovingio, mientras que su «querido maestro» sostenía que eran del tiempo de Enrique II.

Una mañana que acababan de discutir sobre el particular, M. Pié-Rondal, obligado como siempre á batirse en retirada ante los argumentos de su antagonista, desdobló el periódico de la localidad y dirigió á él distraidamente la vista.

De pronto lanzó una exclamación de dolorosa sorpresa.

—¿Qué es eso?—preguntó M. Prevotin.

—¡Oh, pobre Minaut, qué desgracia!... ¡Tomad, mi querido maestro, leedme esto!

M. Prevotin cogió el diario y leyó:

Nos escriben de Morelles:

«Un lamentable suceso acaba de sumir en el mayor desconsuelo á una de las familias más estimadas de nuestro pueblo. M. Felix Minaut, labrador de Morelles, sobrino del cura Minaut, vicario que fué de San Eusebio de Auxerre, persuadido por tradiciones de familia de que su tío había enterrado una considerable cantidad de dinero en su casa en la época de la primera Revolución, resolvió descubrir el tesoro.

Ya había practicado investigaciones en diferentes sitios, cuando á fin de Enero último, el palomar situado en el extremo del corral, á la izquierda, le fué especialmente recomendado, según lo que aparecía de un documento de incontestable valor, por M. P.-R., uno de nuestros sabios arqueólogos.»

M. Prevotin se interrumpió para dirigir una mirada interrogadora á su amigo.

—¡Sí, sí!—dijo éste,—yo soy; pero continuad, os lo suplico.

M. Prevotin prosiguió:

«Minaut, muy confiado, dirigió sus investigaciones por aquel lugar. Exploró las paredes del palomar, y luego, no habiendo encontrado nada, se puso á cavar el suelo en todos sentidos, profundamente. Tales excavaciones hacían temer el inminente derrumbamiento de las paredes. Varias veces los vecinos de Minaut, que tomaban interés en sus trabajos, le habían advertido que tuviese cuidado no le ocurriera una desgracia; pero él no hacía caso alguno de estas advertencias. Por último, el sábado pasado sucedió la catástrofe temida. A las nueve de la mañana oyóse un siniestro estruendo; la mujer de Minaut salió precipitadamente de la casa... ¡Considérese su terror! ¡Una de las paredes del

palomar acababa de desplomarse, y no veía á su marido! Gritó, pidió auxilio, llegó gente por todos lados, y después de dos horas de trabajo, lograron encontrar el cuerpo de Minaut; ¡pero horriblemente mutilado!... ¡Ya no era más que un cadáver!

Renunciamos á describir el dolor de la viuda y del hijo menor de la víctima: el mayor, ausente desde hace dos meses, quizá ignore aún la fatal noticia. Ayer se celebraron los funerales: toda la población de Morelles asistió, dando muestra con su recogimiento de la dolorosa simpatía que le inspira la desgraciada familia.»

—Y á mí también, mi querido maestro, me produce esto grave disgusto; porque al fin yo fuí quien indicó á Minaut el palomar.

—No es culpa vuestra si no tomó las debidas precauciones.

—Indudablemente... pero si yo me hubiese equivocado... ¡Pero no!—añadió vivamente,—no hay duda posible; he leído *columbarium*... Por lo demás, vedlo vos mismo.

Dirigióse apresuradamente á su mesa y sacó la nota del cura Minaut.

—¿Qué pergamino es ese?—preguntó M. Prevotin.

—¡Ah, es verdad! No os lo he dicho... Pues bien, querido maestro, escuchad.

Y le refirió su viaje á Morelles, su visita á los Minaut, sus infructuosas pesquisas en el arca, y luego el inopinado descubrimiento de aquel pergamino, adaptado, á guisa de forro, á un libro del joven Tienni...

—No veo aquí más que un contrato antiguo de arrendamiento, dijo M. Prevotin.

—Sí, pero volved la hoja... ved al reverso, aquí... esa nota en latín.

—¡Ah, ah! En efecto, está en latín, aunque no de Cicerón.

—Poco importa, con tal que se pueda entender. Se trata, como véis, de una cantidad guardada, escondida.

—Sí; *nummos terræ natali credo*.

—¡Bien! ¿Y luego?

—¿Luego?... *ut... col... bar... bari...* Sí, lo que decís vos, *columbarium...* ó *columbario... palomar*, es verdad.

—Luego tenía yo razón al decir que el tesoro estaba en el palomar.

—Según y conforme: sería preciso completar la frase.

—Sin duda, y no deseaba yo otra cosa; pero intentadlo á vuestra vez, mi querido maestro.

—Cierto que no es fácil. Sin embargo, con paciencia, y por deducción...

—Bueno, pues tomad. Ahí tenéis las letras que he logrado sacar de ese pasaje,—dijo M. Pié-Rondal, mostrándole un pedazo de papel prendido con un alfiler al pergamino.—Hallad el sentido, si podéis.

—Nada cuesta intentarlo.

Hallábase altamente excitada la curiosidad de M. Prevotin. Quería penetrar aquel enigma, cuya averiguación acababa de costar la vida á un hombre.

—Dejadme esta nota, dijo; voy á estudiarla solo, con la cabeza despejada.

Retiróse á su cuarto é inmediatamente aplicó al pergamino diversos reactivos, de los cuales llevaba siempre provista la maleta. Pero nada consiguió: las letras que faltaban habían desaparecido por el desgaste del pergamino. Conformándose, pues, con los datos que le había facilitado su huésped, examinó atentamente el pergamino, midió los intervalos que separaban las letras, é imaginó mil combinaciones para llenar aquellos huecos de modo que formasen palabras, una frase, sentido, en fin.

Al cabo de dos horas, M. Pié-Rondal entreabría curiosamente la puerta, preguntando:

—¿Qué hay?

—¡Dejadme, por Dios!—exclamó el sabio impaciente.

M. Pié-Rondal no se ofendió. Conocía la tenacidad de *su querido maestro*, y sabía que no habría quien le hablase mientras no hubiese resuelto el problema ó hubiese desistido.

Mucho trabajo costó conseguir que bajase á comer por la noche.

Comía maquinalmente, sin decir una palabra. De pronto se estremeció, y mirando fijamente á su amigo,

—¡Ah!... ¿No había una paloma de barro en lo alto del palomar?—preguntó.

—Sí... al menos creo haber notado...

—¡Ah, eso es! ¡Bravo!

Se levantó, tiró la servilleta y subió precipitadamente á su cuarto.

M. Pié-Rondal se quedó con la boca abierta, preguntándose: ¿Qué diablos querrá hacer con la paloma de barro?

A las diez, al acostarse, miró á la ventana de su «querido maestro» y vió luz.

—¡Ah, ah! dijo con secreta satisfacción; parece que no es la cosa tan sencilla... tampoco él... Pues yo voy á dormir tranquilamente.

Se equivocaba. A las cuatro de la mañana

despertó sobresaltado por redoblados golpes en la puerta de su alcoba.

—¿Quién va?

—Yo, Prevotin; á escape, levantaos, nos vamos.

—¡Que nos vamos!... ¿á dónde?

—A ese pueblo... á Morelles. Tenemos que comprobar...

—¡Ah! ¿Habéis encontrado una explicación?

—Sí, y creo que buena.

—¿Cuál?

—Ya veréis. Sólo para ese pobre Minaut ha sido lamentable que no haya caído en mis manos ese pergamino ocho días antes.

Por más que Pié-Rondal preguntó, nada más quiso decirle.

—Ya os explicaré allí, sobre el terreno. Pronto hemos de verlo; pero os lo suplico, andemos listos. Es preciso que estemos allí antes del medio día.

—¡Ah! ¿Y por qué antes de medio día?

—Ya, ya lo vereis.

Mientras el ama de gobierno iba á buscar un coche, se desayunaron apresuradamente. A las cinco y media se pusieron en camino.

El tiempo estaba magnífico; pero el calor era sofocante, y era de temer una tempestad. M. Prevotin quería llegar cuanto antes. Por lo demás, á pesar de las preguntas de su compañero, se negaba á explicarse, ya porque no estuviese completamente seguro de su descubrimiento, ya porque meditase una especie de efecto teatral en el lugar de los sucesos.

A las diez y media llegaron á lo alto de la colina de Morelles. El camino era escarpado y estaba lleno de barrancos, por lo cual se apearon. En una viña que lindaba con el camino estaban trabajando una mujer y un muchacho, que interrumpieron sus faenas para saludarles. M. Pió-Rondal reconoció á la viuda de Minaut y á su

hijo Tienni. La mujer en mangas de camisa, con un jubón corto, los pies descalzos, los cabellos en desórden, la piel curtida y agrietada; el chico con un pantalón hecho pedazos y el cuerpo desnudo y negro como un tizón. Aquellos dos infelices se entregaban, bajo un sol implacable, á rudos trabajos que aniquilan á los hombres más robustos.

—¡Cómo! ¿Sois vos? exclamó Pié-Rondal lleno de compasión. ¿No teméis mataros y matar á vuestro hijo?

—¿Qué queréis, señor? No hay otro remedio. No estamos ya en la casa más que Tienni y yo.

—Sí; ya sé que vuestro hijo Vicente... y también hemos sabido la desgracia ocurrida.

La pobre mujer suspiró y bajó los ojos.

—Precisamente esa misma noticia, continuó M. Pié-Rondal, que leímos ayer en los periódicos, es la causa de nuestro viaje; íbamos á vuestra casa. Mi amigo M. Prevotin desea hablaros.

La viuda de Minaut dirigió á los dos hombres una mirada tímida y casi horrorizada.

—¿Queréis hablarme aún del dinero escondido? dijo. ¡Oh, no! no volvamos á hablar de ello; bastante mal nos ha ocasionado ya.

Intervino M. Prevotin.

—Comprendo,—dijo,—que después de lo que

acaba de ocurrir no penséis en nuevas investigaciones; pero tranquilizáos, las que voy á proponeros están exentas de peligros... al aire libre, en medio de vuestro patio.

M. Pié-Rondal, asombrado, miró á su amigo.

—Sí, insistió éste, en medio del patio, porque el palomar está al Mediodía...

¿Comprendéis ahora?... ¿No? ¿Todavía no?

Pues bien, venid... En cuanto á vos, buena mujer, ignoro lo que podrá valer ese tesoro, pero los azadonazos que vais á dar serán por lo menos tan productivos como los que deis aquí.

La viuda de Minaut se decidió. Anudóse al cuello un mal pañuelo negro, que era lo que indicaba su luto, y seguida de su hijo, echó á andar tras del carruaje.

Por el camino refirió detalladamente la catástrofe; y como M. Pié-Rondal se asombrara de que pudiera ya dedicarse al trabajo, le contestó:

—Es que nosotros no podemos amortiguar nuestras penas sin hacer nada.

Impacientábase luego al pensar si su hijo mayor Vicente habría ó no recibido la carta que le había dirigido, ó si estaría malo. Le esperaba anhelante, y ya debiera haber llegado.

M. Pié-Rondal procuró tranquilizarla. Extra-

ñábale, sin embargo, que la ausencia de Vicente se prolongara tanto.

—Yo creía terminado ya ese asunto. Creí que Arsenia estaría ya en casa de su padre, y convenido el matrimonio, si no se había llevado á efecto.

—¡Ah, caballero! No conocéis á Clavé: ha jurado no ceder, y no cederá, estad seguro. El día que fué á consultaros, regresó al pueblo como un furioso: su mujer intentó hacerle algunas observaciones, y hasta se dice que la maltrató. Sacaud y otros vecinos han tratado después de esto de llamarle al orden; pero les ha despedido con cajas destempladas. En cuanto á nosotros, nos tiene un odio mortal. ¡Sólo Dios sabe lo que ha dicho de nosotros y qué de amenazas nos ha dirigido! Que iba á procesarnos, que acabaría de arruinarnos... Cuando ha ocurrido la desgracia á mi pobre hombre, se ha dicho que él se había alegrado.

—¡Oh, eso es indigno!

—Os aseguro que acaso sea el único de Morelles que no ha asistido al entierro. Pero, ¿de dónde proviene ese odio? pregunto yo. Bien lejos de inclinar á Vicente á que buscara á Arsenia, hemos tratado siempre de disuadirle de ello sabiendo que á nada bueno conducirían esos

amorios. Debía, pues, estar seguro de que Vicente no nos había consultado para dar ese paso. Le hemos escrito reprendiéndole; pero ¡qué adelantamos, el mal estaba ya hecho! Ahora preciso es que sigan ambos donde están, puesto que Clavé no quiere saber nada.

—Tranquilizáos,—dijo M. Pié-Rondal;—si esto que vamos á intentar da resultado, no tardará en cambiar la situación: no sería la primera vez que el dinero arreglara las cosas.

—¡Ah, señor, Dios os oiga! Pero la desgracia me persigue tan encarnizadamente que no me atrevo á esperarlo.

Hablando de este modo, habían llegado á Morelles.

Los escombros de la pared que había aplastado á Minaut estaban aun esparcidos por el suelo. Sin embargo, á pesar de haber cedido una de las vigas que lo sostenían, el tejado del palomar estaba intacto y M. Prevotín sonrió con satisfacción al ver la paloma de barro que lo coronaba.

—¡Bien!—exclamó,—¿qué hora es?

—Las once y cuarto.

—¡Muy bien!

Dicho esto, comenzó á mirar por el suelo como si hubiera perdido algo.

—¿Qué buscáis?—preguntó M. Pié-Rondal.

—La sombra de esa paloma de barro que está en lo alto del tejado... ¡Hum! exclamó de pronto, ¡no la veo! El sol está demasiado alto en la estación presente y la sombra se proyecta sobre el tejado. Al medio día estará menos oblicuo aún, ¿qué hacer?

Reflexionó un instante; después, dirigiéndose á Mad. Minaut que contemplaba todo esto con dolorosa estupefacción.

—Pronto,—dijo,—dadme una escalera, una escalera alta, que llegue al tejado.

—¡Cómo! ¿Vais á subir á esas alturas, á riesgo de estrellaros? dijo M. Pié-Rondal.

—Es preciso. ¡Ea! démonos prisa.

Las dos escaleras que encontraron en la granja eran demasiado cortas; pero M. Prevotín unió la una á la otra y liándolas fuertemente con cuerdas:

—Ayudadme á colocarlas sobre la pared, dijo.

La operación se realizó, no sin dificultades; pero al fin la extremidad superior de la escalera fué apoyada en el alero del tejado.

En todos estos preparativos habían empleado cerca de media hora.

M. Prevotín cogió un varal de más de tres metros de largo, y sin atender las observaciones

de su amigo comenzó á trepar por la escalera. Al llegar al tejado, fué levantando tejas para abrirse paso por él, y fijando los pies sobre las latas á la manera de los albañiles, llegó á lo alto del palomar. Entonces levantó la paloma de barro y colocó en su lugar, todo lo perpendicularmente que le fué posible, el varal que había llevado y cuya sombra vió proyectarse en la tierra, un metro más allá de la sombra del borde del tejado.

Se apresuró á bajar y sacó el reloj. Eran las doce en punto.

Marcó cuidadosamente, por medio de estacas que había hecho preparar á Tienni, los dos extremos de la sombra formada por el varal; luego ató una á otra las dos estacas, por medio de un hilo bien tirante, que prolongó en seguida en línea recta hasta los dos tercios del patio, donde lo fijó por una tercera estaca.

Luego, cogiendo el azadón de Tienni se puso á cavar ligeramente, siguiendo la línea marcada por el hilo. Bien pronto encontró, casi á flor de tierra, uno de esos gruesos guijarros negruzcos, bastante raros en el país, y se lo señaló con la punta del azadón á Mad. Minaut, diciéndola:

—Cavad aquí; vuestro tesoro está bajo esta piedra.

Tienni y su madre, admirados, permanecían inmóviles con los brazos colgando.

—¡Qué! ¿No me habéis entendido?—dijo el señor Prevotín;—os repito que el dinero está aquí, bajo este guijarro... Cavad, apartadlo. No hay ningún peligro en ello; podéis cavar con toda seguridad.

Tienni se decidió á hacerlo, después de haber consultado con la mirada á su madre, y ésta cogió también su azadón y se puso á ayudarle.

—Querido maestro, dijo M. Pié-Rondal, no he querido interrumpiros hasta ahora; pero ¿tendríais la bondad de explicarme cómo habéis llegado á esta solución... que, confío en que, para dicha de estas pobres gentes, resultará acertada?

—Con mucho gusto,—contestó M. Prevotín;— es muy sencillo: vais á verlo.

Sacó de su bolsillo el pergamino, y extendiéndolo ante los ojos de su amigo, prosiguió:

—¿Cuáles son en este pasaje truncado las sílabas que tienen una significación indiscutible? ¿*Fastig...*, no es verdad? Es decir, *fastigium*, el tejado, la cumbre... ¿A quién se le ha de ocurrir esconder un tesoro en un tejado? No, en primer lugar, sería difícil, y en segundo, imprudente. Luego aquí se trata del tejado tan solo como medio de transición y por correspondencia con un punto determinado... Pero es vaga la palabra *tejado*. ¿Qué parte del tejado? ¿Uno de los aleros, ó el vértice? Esto es importante... Pues bien, á continuación habéis visto estas tres letras, *al-t*, la *l* separada de la *t*..., por consiguiente no es *altum*. Pero si se llena el hueco con una *a*, ¿por qué no ha de ser *alatum*?... ¡Ah! pues eso es, la *cumbre alada*..., forma poética de designar la paloma de barro que remata el palomar. ¿No recordáis mi emoción cuando se me ocurrió esta idea? Es que me ponía sobre la pista.

En efecto, es evidente que el tesoro se encuentra en el lugar donde termina el radio visual que parte del ojo del observador pasando

por la cima del tejado. Pero ¿dónde colocar al observador? Como el palomar es más elevado que todo cuanto le rodea, en cualquier punto que pongáis al observador, el radio visual irá á perderse entre las nubes. Es, pues, absolutamente preciso que ese radio parta de más alto. Y más alto, ¿qué es lo que hay? Nada, no siendo el sol.

—¡Oh, pues eso! Tratase de la sombra producida, al sol, por la cima del tejado. Tenemos la confirmación de esto por las dos letras siguientes: *br...*, las cuales, indudablemente, no pertenecen á *imbrea*, *teja*, ni á *imbra*, *lluvias*, sino á *umbra* ó más bien á *umbram*, *sombra*. Las cuatro letras dispersas que siguen, *pr-i-t*, forman parte de un verbo que completa la frase, por ejemplo, *projicit*... Me diréis que la sombra cambia...

—Efectivamente, según la hora y la estación.

—Bien; pero el cura Minaut lo previó todo. Ved las letras que preceden á *fastig*: *med*, *di*, ¿qué pueden querer decir, á no ser *med (ia)*, *di (e)*... á *medio día*, á las doce de la mañana?

—Bueno; ¿pero la estación?

—¿La estación? ¿De qué fecha es este escrito? 21 de Diciembre de 1793: 21 de Diciembre, época del solsticio de invierno. ¿Os pareceré temerario por interpretar lo que sigue de este modo?

Ho (c) solí (stítial) temp (o) r (e), en este tiempo de solsticio. Indudablemente, eso es, y la frase queda completa. Ahora traduzco: El sitio en que el palomar, en este tiempo de solsticio, á medio día, proyecta la sombra de su cumbre alada.

Ahí teneis por qué tenía yo empeño en llegar aquí antes del medio día. En cuanto á la prolongación de la sombra en la época del solsticio de verano, confieso que lo he obtenido por un procedimiento bastante inexacto; pero me bastaba, atendiendo á que el cura Minaut debía haber puesto alguna señal en el terreno. En efecto, no me ha costado gran trabajo dar con esa piedra, de la que quizá no haya otro ejemplar en este patio... y bajo la cual está el hallazgo, respondo de ello. ¿Teneis alguna objeción que hacerme?

—Ninguna, á no ser la de que el cura Minaut obraba con gran imprudencia al enterrar así su tesoro, en un corral y á las doce del día.

—De ningún modo. Señaló el lugar á las doce del día; pero hasta la noche no vino á cavar la fosa y á enterrar su dinero.

—Mi querido maestro,—dijo riéndose M. Pié-Rondal,—para todo tenéis respuesta, y creo que los hechos os darán la razón. En fin, pronto hemos de verlo.

Acercáronse á Tienni y á su madre que traba-

jaban con fe, pero sin adelantar mucho en aquel terreno cascajoso; además, la piedra, á medida que se descubría, iba apareciendo tan voluminosa que parecía difícil levantarla.

—¡No importa!—dijo M. Prevotín;—entre los cuatro malo ha de ser que no lo consigamos. ¡Animo!

De pronto, Tienni y su madre tiraron los azadones y corrieron hacia la puerta del corral. Acababa de entrar un hombre: era Vicente Minaut.

Arrojáronse llorando unos en brazos de otros y permanecieron estrechamente abrazados. Lamentáronse después de la catástrofe tan inopinadamente ocurrida, y luego mediaron explicaciones sobre la tardanza de Vicente, que había estado ausente de París unos días buscando un trabajo más lucrativo y había recibido la carta el día anterior.

Tales expansiones eran tan naturales, que los dos arqueólogos, á pesar de su impaciencia, no trataron de interrumpirlas. Vicente las puso término. Preguntó á su madre en voz baja lo que significaba la presencia de aquellos señores; y, luego, sin esperar la respuesta, reconociendo á M. Pié-Rondal, se dirigió á él y le dijo con tristeza:

—¡Qué lástima que no quitáseis de la cabeza á mi padre aquella quimera!

—Decid más bien,—respondió M. Pié-Rondal,—que fué lástima no haber podido indicarle el lugar preciso donde estaba oculto el tesoro. Hoy ya es conocido. ¡Mirad, ahí está!

—¡Cómo! ¿Bajo esa piedra?

—Alzadla,—dijo M. Prevotín.—Yo afirmo que el tesoro está debajo.

También Vicente tuvo un momento de duda y de vacilación; pero era tan poca cosa lo que le exigían, que para acabar con aquel asunto y no volver oír hablar de él, cogió uno de los azadones y se dedicó á continuar el trabajo de su madre y su hermano. A los dos minutos había acabado. Faltaba sólo levantar la piedra. Pero M. Pié-Rondal y su amigo se habían provisto el uno de un palo y el otro de una barra de hierro y los utilizaban como palancas. Con tal empuje, la piedra se movió y salió al fin.

—¡No hay nada!—exclamó Tienni, que seguía atentamente la operación.

—¡Es imposible!—dijo M. Prevotín.—¡Cavad más!

Y al mismo tiempo golpeaba violentamente con la punta de la barra en el fondo del hoyo. Un ruido de cacharros rotos resonó.

—¡Ah, bien decía yo!—exclamó.

Y dando otro golpe más violento, hizo que saltaran algunas monedas de oro que brillaron sobre la tierra removida.

Oyóse una triple exclamación de sorpresa y alegría.

—¡Oh, si estuviese aquí mi pobre marido!—exclamó la viuda de Minaut dejando correr su llanto.

Vicente había cogido la mano á M. Prevotín, y se la estrechaba con efusión, no encontrando palabras para demostrarle su gratitud.

—¡Está bien!—dijo el sabio, conmovido por esta demostración;—pero no hemos terminado; hay que acabar de sacar eso y poner vuestro tesoro en seguridad.

Vicente recogió las monedas esparcidas entre el polvó, y luego acabó de sacar el cacharro, del que sólo la tapadera se había roto por los golpes dados por M. Prevotín. Era una vasija ordinaria, de pequeñas dimensiones, pero llena de luisas hasta los bordes. Costóle algún trabajo á Vicente levantarla. Llevóla á la casa, y vació su contenido sobre la mesa.

El brillo y el sonido de aquel metal, al caer, llenaron de gozo á la viuda de Minaut y sus hijos, pero casi al mismo tiempo acordáronse del

precio á que habían adquirido tal hallazgo, y arrasáronse sus ojos en lágrimas.

Los dos sabios se encargaron de contar el tesoro: había en luises de oro cuarenta y tres mil y algunos centenares de francos.

Mucho trabajo les costó defenderse contra la insistencia de la viuda y de Vicente, que, en su gratitud, querían á todo trance hacerles aceptar una parte de su fortuna.

—Guardadla toda,—dijo M. Pié-Rondal á Vicente,—y aún así no es seguro que baste para que Clavé os conceda la mano de su hija.

Fué esta la única consideración que pudo moderar la insistencia del joven. En cuanto á la negativa de Clavé, se creía en condiciones de poderla vencer en adelante. Sin embargo, no debía estar del todo tranquilo acerca de esto, pues indicó que agradecería vivamente la intercesión de M. Pié-Rondal en su favor, cerca del irascible labrador.

Con el mayor gusto se hubiera encargado el bueno de M. Pié-Rondal de esta misión; pero su compañero se negaba á continuar allí é insistía en abandonar inmediatamente á Morelles. Había descifrado el escrito del cura Minaut, resuelto el problema, y creía que nada les restaba que hacer allí.

XI

Vicente escribió á Arsenia para informarla de lo que ocurría y exhortarla á que cobrase ánimos. Después, y al cabo de gran rato de reflexionar, se persuadió de que podía, sin inconveniente alguno, dar por sí mismo los primeros pasos cerca de Clavé.

Esto recuerda la escena de Molière, cuando Leandro se presenta anunciando que acaba de «recibir cartas comunicándole la noticia de que su tío ha fallecido y que él es el heredero de todos sus bienes»; á lo cual contesta el bueno de Géronte: «Caballero, me consta de un modo absoluto que sois muy virtuoso y os concedo la mano de mi hija, con la mayor alegría del mundo.»

La situación era la misma; pero era muy dudoso que el desenlace revistiera igual sencillez.